

estas engañosas criaturas pocas veces dejan de producir su efecto, pues están secundadas por dos enemigos que acompañan siempre al hombre: el amor propio y el deseo.

IV

DE LOS ALIADOS DEL AMANTE

El hombre que se apresura á advertir á otro que un billete de mil francos se le cae de la cartera ó que se le sale el pañuelo del bolsillo, considera como una bajeza el prevenirle de que le roban su mujer. En esto hay indudablemente una inconsecuencia moral bastante extraordinaria, pero que puede explicarse. No habiendo descendido las leyes á la indagación de los derechos matrimoniales, los ciudadanos se creen aún con menos derecho que ellas á ejercer la policía conyugal; y cuando se entrega un billete de mil francos al que lo pierde, hay en este acto una especie de obligación derivada del principio que dice: «Obra con los demás, del mismo modo que quieras que obren contigo.»

Pero ¿qué razonamiento justificará y cómo calificaremos el auxilio que un soltero nunca implora en vano y que recibe de otro soltero para engañar á un marido? El hombre incapaz de ayudar á un gendarme para buscar á un asesino no experimenta ningún escrúpulo llevándose á un marido al teatro, á un concierto ú otro sitio cualquiera para facilitar á un compañero, á quien podrá matar al día siguiente en duelo, una cita cuyo resultado es: ó introducir un hijo adulterino en la familia y privar á dos hermanos de una porción de su fortuna dándoles un coheredero que acaso no hubieran tenido, ó hacer la desgracia de dos seres. Preciso es confesar que la probidad es una virtud muy rara y que el hombre que cree poseerla más, es á veces el que tiene menos. Odios han dividido á veces á familias, y fratricidios han sido cometidos que no hubiesen tenido nunca lugar si un amigo no se hubiese prestado á lo que en sociedad se llama una travesura.

Es imposible que un hombre no tenga alguna manía, y todos amamos ó la caza, ó la pesca, ó el juego, ó la música,

ó el dinero, ó las comidas, etc. Ahora bien; vuestra pasión favorita será siempre cómplice del lazo que os tienda un amante, su mano invisible dirigirá á vuestros amigos ó á los suyos, según que consientan ó no en desempeñar un papel en la comedia que inventa para sacaros de casa ó para lograr apoderarse de vuestra mujer. Un amante pasará meses enteros, si es preciso, para meditar la construcción de su *ratonera*.

He visto sucumbir al hombre más astuto de la tierra.

Era un antiguo procurador de Normandía. Habitaba en el pueblecito de B... donde el regimiento de cazadores del Cantal estaba de guarnición. Un elegante oficial amaba á la mujer del pleitista, y el regimiento tenía que marchar sin haber podido tener la primera entrevista. Este era el cuarto oficial de quien triunfaba el procurador. Al levantarse de la mesa, una tarde, á eso de las seis, el marido fué á pasearse por la terraza de su jardín desde la cual se veía el campo. Los oficiales llegaron en aquel momento á despedirse de él. De pronto brilla en el horizonte la siniestra llama de un incendio.

—¡Oh! ¡Dios mío, la Daudiniere arde!—exclamó el mayor, viejo soldado sin malicia, que había comido en la casa.

Todo el mundo saltó á caballo.

La joven esposa sonrió al verse sola, pues el enamorado, oculto en una espesura, le había dicho:

—Es un fuego de paja.

Las posiciones del marido fueron tomadas con tanta mayor habilidad, cuanto que un excelente caballo esperaba al oficial, y, llevado de una delicadeza rara en caballería, el amante supo sacrificar algunos momentos de dicha para unirse á la cabalgata y volver en compañía del marido.

El matrimonio es un verdadero duelo en que para triunfar de su adversario es preciso una atención constante; porque si tenéis la desgracia de distraeros un momento, la espada del célibe os atraviesa de parte á parte.

V

DE LA CAMARERA

La camarera más bonita que he visto es la de la señora V***, que desempeña aún hoy, en París, un papel muy importante para las mujeres más distinguidas y que tienen reputación de vivir en buena armonía con su marido. La señorita Celestina es una persona cuyas perfecciones son tan numerosas, que sería preciso, para pintarlas, traducir los treinta versos inscritos, según se dice, en el serrallo del Gran Señor, y que contienen cada uno la exacta descripción de una de las treinta bellezas de la mujer.

—Hay mucha vanidad en conservar á su lado á criatura tan agradable—decía una señora á la dueña de la casa.

—¡Ah! querida mía, día llegará en que me envidiará usted á Celestina.

—Pues qué, ¿tan buenas cualidades tiene? ¿Le viste á usted bien, acaso?

—¡Oh! no, muy mal.

—¿Cose bien?

—Jamás toca una aguja.

—¿Es fiel?

—Sí, con una de esas fidelidades que cuestan más caras que la improbidad más astuta.

—¡Me asombra usted, querida mía! ¿Es acaso su hermana de leche?

—Tampoco. En fin, no sirve para nada, pero para mí es la persona más útil de la casa. Si permanece diez años conmigo, le he prometido veinte mil francos. ¡Oh! será dinero bien ganado y no lo sentiré nunca—dijo la joven agitando la cabeza con movimiento muy significativo.

La joven interlocutora de la señora V*** acabó por comprenderla.

Cuando una mujer no tiene una amiga bastante íntima para ayudarla á deshacerse del amor marital, la camarera es un último recurso que rara vez deja de producir el efecto deseado.

¡Oh! ¡después de diez años de matrimonio, hallar bajo el

techo conyugal y ver en él á todas horas á una joven de diez y seis á diez y ocho años, fresca, vestida con coquetería, cuyos tesoros de belleza parecen desafiaros, cuyo aire cándido tiene irresistibles atractivos, cuyos ojos bajados os temen, cuya tímida mirada os seduce, y para quien el lecho conyugal no tiene secretos y que es virgen al par que sabia! ¿Cómo es posible que el hombre permanezca frío, como san Antonio, ante tan poderoso encanto, y tenga valor para permanecer fiel á los buenos principios representados por una mujer desdeñosa, cuyo rostro es severo, cuyos modales son ásperos y que os niega la mayor parte del tiempo su amor? ¿Cuál es el marido bastante estoico para resistir á tantos fuegos y á tantos hielos?... Allí donde vosotros veis una nueva cosecha de placeres, la joven inocente ve rentas, y vuestra mujer su libertad. Es un pequeño pacto de familia que se firma amistosamente.

En este caso, vuestra mujer obra con el matrimonio como los jóvenes elegantes con la patria. Si caen soldados, compran un hombre para que lleve el fusil por ellos, para que muera en su lugar y para que les evite las molestias del servicio militar. En estas especies de transacciones de la vida conyugal, no existe mujer que no sepa hacer faltar al marido. He observado que, llevadas de suprema astucia, la mayor parte de las mujeres no ponen siempre á su camarera en el secreto del papel que ellas le mandan representar. Confían en la naturaleza, conservando así una preciosa autoridad sobre el amante y sobre la querida. Estas secretas perfidias femeninas explican una gran parte de las extravagancias conyugales que se ven en el mundo; pero yo he oído á muchas mujeres discutir de una manera muy profunda los peligros que ofrece este terrible medio de ataque, y es preciso conocer bien al marido y á la criatura á quien uno se entrega, para poder emplearlo. Más de una mujer ha sido víctima de sus propios cálculos.

Cuanto más fogoso y apasionado se haya mostrado el marido, tanto menos se atreverá su mujer á emplear este medio. Sin embargo, un marido cogido en el lazo no tendrá nada que objetar á su severa mitad cuando, al apercibirse de una falta cometida por su camarera, la envía á su tierra con una criatura y un dote.

VI

DEL MÉDICO

El médico es uno de los más poderosos auxiliares de una mujer decente, cuando ella quiere lograr una separación amistosa de su marido. Los servicios que un médico presta, la mayor parte del tiempo sin saberlo, á una mujer, son de tal importancia, que no existe ninguna casa en Francia cuyo médico no haya sido escogido por la señora de la misma.

Todos los médicos conocen la influencia que ejercen las mujeres en su reputación, y por eso encontraréis muy pocos que no procuren instintivamente agradarlas. Cuando un hombre de talento ha llegado á hacerse célebre, es indudable que no se presta nunca á las maliciosas conspiraciones que las mujeres quieren urdir; pero contribuye á ellas sin saberlo.

Yo supongo que el marido, instruido por las aventuras de su juventud, se proponga imponer un médico á su mujer desde los primeros días de su matrimonio. Mientras que su adversario femenino no sepa el partido que pueda sacar de este aliado, se someterá silenciosamente; pero después, si todas sus seducciones se estrellan contra el hombre escogido por su marido, escogerá el momento más favorable para hacerle esta singular confidencia:

—No me gusta la manera que tiene de palparme ese médico.

Y he aquí al doctor despedido.

Así es que la mujer, ó escoge su médico, ó seduce al que le imponen, ó hace que le despidan.

Pero esta lucha es muy rara, porque la mayor parte de los jóvenes que se casan no conocen más que médicos imberbes, á los que se guardan bien de llamar para sus mujeres, y casi siempre el Esculapio de una familia es elegido por el poder femenino.

Entonces, llega un día en que, saliendo el doctor del cuarto de vuestra mujer, que yace en la cama hace ya quince días, é inducido por ella, os dice:

—No veo que el estado en que se encuentra la señora presente perturbaciones graves; pero esta somnolencia constante, esta repugnancia á la comida, esta tendencia primitiva á una afección dorsal, exigen grandes cuidados. Su linfa se condensa. Sería preciso hacerla cambiar de aires, y enviarla á las aguas de Barreges ó á las de Plombieres.

—Está bien, doctor.

Dejáis á vuestra mujer en Plombieres; pero ella va allí porque el capitán Carlos está de guarnición en los Vosges. Vuelve muy restablecida, y las aguas de Plombieres le han probado admirablemente. Os ha escrito todos los días y os ha prodigado, de lejos, todas las caricias posibles. El principio de consunción dorsal ha desaparecido por completo.

Existe un libelo, dictado sin duda por el odio (publicado en Holanda), pero que contiene detalles muy curiosos acerca del modo como la señora de Maintenón se entendía con Fagón para gobernar á Luis XIV. Llegará, pues, un día en que vuestro doctor os amenazará con una apoplejía fulminante, como Fagón hacía con su amo, si no os ponéis en cura. Esta bufonada, bastante chistosa, obra sin duda de algún cortesano, y que lleva por título: *La señorita de Saint-Tron*, ha sido adivinada por el autor moderno que hizo el sainete titulado: *El médico joven*. Pero su deliciosa escena es muy superior á aquella cuyo título cito á los bibliófilos, y confesaremos con satisfacción que la obra de nuestro ocurrente contemporáneo nos ha impedido, para gloria del siglo xvii, publicar los fragmentos del viejo libelo.

Ocurrirá á veces, que un doctor que ha pasado á ser el juguete de las sabias maniobras de una mujer joven y delicada, vendrá á deciros en particular:

—Caballero, no quisiera asustar á la señora respecto á su situación; pero recomiendo á usted, si tiene en algo su salud, que la deje en perfecta tranquilidad. La agitación parece correrse en este momento hacia el pecho, y la dominaremos; pero es preciso descanso, mucho descanso; la menor agitación podría trasladar la enfermedad á otro sitio. En este momento un embarazo la mataría.

—Pero ¿doctor...?

—¡Ah! ¡ah! lo comprendo.

Ríe y se va.

Semejante á la varita de Moisés, la ordenanza doctoral hace y deshace las generaciones. Un médico os conduce al

lecho conyugal cuando es necesario, con los mismos razonamientos que le han servido para sacaros de él. Cita á vuestra mujer tratamientos de enfermedades que no tiene, para curarla de enfermedades que tiene, y vosotros no comprendéis nada, pues la jerigonza científica de los médicos puede compararse á esas obleas con que envuelven sus píldoras.

Con su médico, una mujer decente está en su cuarto, como un ministro seguro de la mayoría en el Congreso: ¿no se hace ordenar el reposo, la distracción, el campo ó la ciudad, las aguas ó el caballo, ó el coche, con arreglo á su gusto y á sus intereses? Os despide ú os admite en su cuarto á su antojo. Ya fingirá una enfermedad para lograr tener un cuarto separado del vuestro; ya se rodeará de todo el aparato de una enferma; tendrá enfermera é infinidad de frascos y de botellas, y rodeada con estas murallas, os desafiará con aires lánguidos. Os hablará tan cruelmente de los cordiales y de las pociones calmantes que ha tomado, de las toses que ha tenido, de sus emplastos, de sus cataplasmás, que hará sucumbir vuestro amor á fuerza de enfermedades, si es que estos dolores aparentes no le han servido de lazos para destruir la singular abstracción que nosotros llamamos *vuestro honor*.

De este modo, vuestra mujer sabrá convertir en puntos de resistencia todos los puntos de contacto que tengáis con el mundo, con la sociedad, ó con la vida. De este modo todo se armará contra vosotros, y en medio de tantos enemigos estaréis solos.

Pero supongamos que, por un privilegio inaudito, tuvieseis la dicha de tener una mujer poco devota, huérfana y sin amigas íntimas; que vuestra perspicacia os hiciese adivinar todos los lazos en que el amante de vuestra mujer quisiera haceros caer, y que amaseis aún lo bastante á vuestra hermosa enemiga para resistir á todos los Martón de la tierra; y que, finalmente, tuvieseis por médico á uno de esos hombres tan célebres que no tienen tiempo para escuchar los halagos de las mujeres; ó que, si vuestro Esculapio es el fiel servidor de la señora, pidieseis una consulta en la que interviniera un hombre incorruptible, siempre que el doctor favorito prescribiese algo inquietante. Pues bien, vuestra posición no será por eso más lucida. En efecto, si no sucumbís á la invasión de los aliados, considerad que, hasta ahora, vuestro adversario no os ha dado, por decirlo así, el

golpe decisivo. Ahora, si os resistís por más tiempo, vuestra mujer, después de haber urdido en torno vuestro, hilo á hilo y como la araña, una trama invisible, hará uso de las armas que la naturaleza le ha dado, que la civilización ha perfeccionado y de que va á tratar la Meditación siguiente.

MEDITACIÓN XXVI

DE LAS DIFERENTES ARMAS

Arma es todo lo que puede servir para herir; y, esto considerado, los sentimientos son acaso las armas más crueles que el hombre pueda emplear para herir á sus semejantes. El genio tan lúcido al par que tan vasto de Schiller parece haberle revelado todos los fenómenos de la acción viva y cortante que ejercen ciertas ideas en las organizaciones humanas. Un pensamiento puede matar á un hombre. Tal es la moral de las desgarradoras escenas en que el poeta muestra, en *Los Bandidos*, á un joven desgarrando de tal modo con sus ideas el corazón de un anciano, que acaba por arrancarle la vida. Quizá no está lejana la época en que la ciencia llegue á conocer el mecanismo ingenioso de nuestros pensamientos y penetre la transmisión de nuestros sentimientos. Algún continuador de las ciencias ocultas probará que la organización intelectual es en cierto modo un hombre interior que se proyecta con tanta violencia como el hombre exterior, y que la lucha que puede establecerse entre dos de estos poderes invisibles, para nuestros ojos, no es menos mortal que los combates á cuyas contingencias entregamos nuestros cuerpos. Pero estas consideraciones pertenecen á otro estudio que publicaremos á su vez; algunos de nuestros amigos conocen ya una de las más importantes: LA PATOLOGÍA DE LA VIDA SOCIAL ó *Meditaciones matemáticas, físicas, químicas y trascendentales sobre las manifestaciones del pensamiento consideradas bajo todas las formas que produce el estado de sociedad sea en el vivir, en el andar, en el andar, en la hipiátrica, sea con la palabra y la acción, etc.*, donde se agitan todas estas importantes cuestiones. El objeto de nuestra pequeña observación metafísica

es el advertiros que las altas clases sociales razonan demasiado bien para que no puedan ser atacadas de otro modo que no sea con armas intelectuales.

Así como se encuentran almas tiernas y delicadas en cuerpos de una aspereza mineral, del mismo modo existen almas de bronce envueltas por cuerpos sùtiles y delicados, cuya elegancia atrae la amistad, cuya gracia necesita caricias; pero si halagáis al hombre exterior con la mano, el *homo duplex*, para servirnos de una expresión de Buffón, no tarda en moverse y sus angulosos contornos os lastiman.

Esta descripción de un género particular de entes, con los que os deseamos que no choquéis en vuestro paso por la tierra, os ofrece una imagen de lo que será vuestra mujer para vosotros. Cada uno de los sentimientos más dulces que la naturaleza ha colocado en su corazón, se convertirá en ella en un puñal. Atacado á todas horas, sucumbiréis necesariamente, pues vuestro amor se irá escapando por cada una de vuestras heridas.

Este es el último combate, pero es también para ella la victoria.

Para obedecer á la distinción que hemos creído poder establecer entre las tres clases de temperamentos en que están comprendidos en cierto modo los tipos de todas las constituciones femeninas, dividiremos esta Meditación en tres partes, que tratarán:

- 1.^a DE LA JAQUECA.
- 2.^a DE LOS ATAQUES DE NERVIOS.
- 3.^a DEL PUDOR CONSIDERADO CON RELACIÓN AL MATRIMONIO.

I

DE LA JAQUECA

Las mujeres son constantemente juguetes ó víctimas de su excesiva sensibilidad; pero hemos demostrado que, en la mayor parte de ellas, esta delicadeza de alma debía recibir, casi siempre sin saberlo nosotros, los más rudos golpes por parte del matrimonio. (Véanse las Meditaciones titula-

das: *De los Predestinados* y de la *Luna de miel*.) ¿No son también la mayor parte de los medios de defensa empleados instintivamente por los maridos lazos tendidos á la vivacidad de los afectos femeninos?

Llega un momento durante la *Guerra civil* en que una mujer recorre con su solo pensamiento la historia de su vida moral y se irrita al considerar el abuso que habéis hecho de su sensibilidad. Es muy raro que las mujeres, sea por un sentimiento de venganza innato que ellas no se explican nunca, ó sea por un instinto de dominación, no lleguen á descubrir entonces un medio de gobierno en el arte de poner en juego en el hombre esta propiedad de su máquina.

Proceden con admirable arte á la investigación de las cuerdas que más vibran en el corazón de sus maridos; y, una vez que hayan encontrado el secreto, se apoderan codiciosamente de este principio; después, como el niño á quien se da un juguete mecánico cuyo resorte irrita su curiosidad, llegarán hasta estropearlo, golpeando incesantemente, sin preocuparse de las fuerzas del instrumento, con tal que ellas logren su objeto. Si os matan, os llorarán con la mejor gana posible y como el más virtuoso, el más excelente y el más sensible de los seres.

Vuestra mujer se armará en un principio de ese sentimiento generoso que nos obliga á respetar á los seres que padecen. El hombre más dispuesto á reprimir á una mujer llena de vida y de salud, pierde sus energías ante una mujer enfermiza y débil. Si la vuestra no ha alcanzado el objeto de sus secretos designios con los diversos sistemas de ataque descritos ya, no tardará en echar mano de esta poderosa arma.

En virtud de este principio de nueva estrategia, veréis á la joven tan llena de vida y belleza con quien os habéis casado, metamorfosearse en una mujer pálida y enfermiza.

La jaqueca es una afección que tiene infinitos recursos para las mujeres. Esta enfermedad, que es la más fácil de fingir, por que no ofrece síntomas visibles, se adquiere con decir únicamente:

—Tengo jaqueca.

Una mujer se ríe entonces de vosotros, pues no existe persona en el mundo que pueda dar un mentís á su cráneo, cuyos impenetrables huesos engañan al tacto y á la observación. Por eso, en nuestro concepto, la jaqueca es la reina

de las enfermedades, el arma más poderosa y más terrible que emplean las mujeres contra sus maridos. Existen seres violentos y sin delicadeza que, como conocen las astucias femeninas por sus queridas del tiempo feliz de su celibato, se alaban de no caer en este lazo. Todos sus esfuerzos, todos sus razonamientos, acaban por sucumbir ante la magia de estas dos palabras:

—Tengo jaqueca.

Si un marido se queja de esto, si se atreve á hacer un reproche ó una observación, si intenta oponerse al poder de este *Il buondo cani* del matrimonio, está perdido.

Imaginaos á una joven, voluptuosamente acostada en un diván, con la cabeza inclinada en uno de los cojines y con un brazo colgando; un libro está á sus pies, y la taza de tila sobre un pequeño velador. Ahora, colocad á un robusto marido delante de ella. Ha dado cinco ó seis vueltas por el cuarto, y, cada vez que ha vuelto los talones para reanudar su paseo, la enferma ha dejado escapar un movimiento de cejas para indicarle en vano que el más leve ruido la molesta. En una palabra, que reune todo su valor y se atreve á protestar de esta astucia con esta atrevida frase:

—Pero ¿tienes en realidad jaqueca?

Al oír estas palabras, la joven esposa levanta un poco su lánguida cabeza, levanta un brazo que vuelve á caer débilmente sobre el diván, levanta sus tristes ojos al techo, levanta, en una palabra, todo lo que puede levantar; después, dirigiéndoos una tierna mirada, dice con voz sumamente débil:

—¿Qué quieres que tenga!... ¡Oh! ¡no se sufre tanto para morir!... ¿Son esos todos los consuelos que me prodigas? ¡Ah! ¡cómo se conoce, señores míos, que la naturaleza no les ha encargado á ustedes de echar hijos al mundo! Sois egoístas é injustos; nos tomáis en toda la flor de nuestra juventud, frescas, rosadas con talle esbelto. ¡Qué bonito es eso! Cuando vuestros placeres han arruinado los dones florecientes con que nos había dotado la naturaleza, no tenéis en cuenta que los hemos perdido por vosotros. ¡Así van las cosas! No queréis dejarnos ni las virtudes, ni los sufrimientos de nuestra condición. Habéis necesitado hijos, y nosotras hemos pasado la noche cuidándolos; pero los partos han arruinado nuestra salud legándonos el principio de las más graves defecciones... ¡Ah! ¡qué dolores!

Habiendo tantas mujeres que padecen de jaqueca, no sé como te extraña que la tenga yo también... Os reis de nuestros dolores porque no tenéis corazón... ¡Por favor, no pases más! Nunca hubiera esperado esto de ti... (Para el reloj, porque el movimiento del péndulo me zumba en la cabeza. Gracias.) ¡Oh! ¡qué desgraciada soy!... ¿No llevas contigo ninguna esencia? ¿Sí? ¡Ah! ¡por favor, déjame sufrir en paz y salte, pues ese olor me mata!

¿Qué podéis responder á todo esto? ¿No hay en vosotros una voz interior que os dice: ¿y si sufriese? En esta situación, la mayor parte de los maridos abandonan el campo de batalla, y sus mujeres les ven alejarse con el rabillo del ojo, andar de puntillas y cerrar con mucho cuidado la puerta, en lo sucesivo sagrada.

He aquí á la jaqueca, verdadera ó falsa, introducida en vuestra casa. La jaqueca empieza entonces á desempeñar su papel en el seno del hogar. Es un tema con el que la mujer sabe hacer admirables variaciones desplegándolo en todos los tonos. Con la jaqueca únicamente, una mujer puede desesperar á un marido. La jaqueca ataca á vuestra mujer cuando quiere, donde quiere y tantas veces como quiere. Las hay de cinco días, de diez minutos, periódicas ó intermitentes.

Algunas veces encontráis á vuestra mujer en la cama sufriendo, agobiada, y con las persianas de su cuarto cerradas. La jaqueca ha impuesto silencio á todo, desde las regiones de la mansión del portero, que estaba cortando leña, hasta al granero, desde donde vuestro cochero arrojaba al patio inocentes haces de paja. Dando fe á esta jaqueca, salís; pero al volver os dicen que la señora ha salido... No tarda ésta en presentarse fresca y encarnada, y diciendo:

—Ha venido el doctor, me ha aconsejado el ejercicio y me encuentro muy bien.

Otro día queréis entrar en la habitación de vuestra mujer.

—¡Ah! señorito—os responde la camarera con todas las muestras del más profundo asombro,—la señora tiene jaqueca y nunca la he visto tan mala. Acaban de ir á avisar al doctor.

—¿Qué feliz eres teniendo una mujer tan bonita!—decía el general Augereau al general R...

—¿Tener!—replicó éste.—Me parece que digo mucho si

afirmo que tengo diez días al año á mi mujer... Estas p... mujeres tienen siempre jaqueca ó no sé qué.

La jaqueca reemplaza en Francia á las sandalias que el confesor deja en España á la puerta del cuarto en que está con su penitenta (1).

Si vuestra mujer, presintiendo intenciones hostiles por vuestra parte, quiere hacerse tan inviolable como la Constitución de un Estado, os empieza una pequeña sinfonía de jaqueca. Se mete en la cama fingiendo los mayores dolores del mundo, lanza gritos que desgarran el alma, y aparecen en su rostro gestos tan hábilmente fingidos, que cualquiera diría que va á morir. Y ¿quién será el hombre tan poco delicado que se atreva á hablar de deseos que, en él, anuncian una perfecta salud, á una mujer tan agobiada por los dolores? La mera urbanidad exige imperiosamente su silencio. Una mujer sabe entonces que por medio de su poderosísima jaqueca puede fijar á su gusto, en lo alto del lecho nupcial, aquel cartel tardío que hace volverse bruscamente á su casa á los aficionados atraídos por un anuncio de la Comedia francesa, y que dice: *Se suspende la función por indisposición repentina de la señorita Mars.*

¡Oh jaqueca, protectora de los amores, impuesto conyugal, escudo adonde van á chocar todos los deseos maritales! ¡Oh poderosa jaqueca! ¿cómo es posible que los amantes no te hayan celebrado, divinizado y persenificado? ¡Oh prodigiosa jaqueca! ¡Oh engañosa jaqueca, bendito sea el cerebro que te concibió por primera vez! ¡ludibrio para el médico que encontrase un preservativo contra ti! ¡Sí, tú eres el único mal que las mujeres bendicen, sin duda por agradecimiento á los bienes que les dispensas! ¡Oh engañosa jaqueca! ¡Oh prodigiosa jaqueca!

(1) Esta ficción es generalmente artículo de fe para los franceses, y se atribuye á un oficial francés que, despedido de una española, quiso vengarse de este modo.—(N. del T.)

II

DE LOS ATAQUES DE NERVIOS

Existe un poder superior al de la jaqueca, y debemos confesar para gloria de Francia que este poder es una de las conquistas más recientes del espíritu parisiense. Como sucede con todos los descubrimientos útiles á las artes y á las ciencias, no se sabe á qué genio es debido éste. Sábese únicamente que hacia mediados del siglo pasado, cuando empezó á usarse el vapor en Francia, y mientras que Papin aplicaba á problemas de mecánica la fuerza del agua vaporizada, una francesa, desconocida por desgracia, tenía la gloria de dotar á su sexo del poder de vaporizar sus fluidos. Los efectos prodigiosos obtenidos por los ataques no tardaran en alcanzar á los nervios, y de ahí es como, de fibra en fibra, nació la neurología. Esta ciencia admirable ha conducido ya á los *Phillips* y á hábiles fisiologistas al descubrimiento del fluido nervioso y de su circulación; acaso están en vísperas de poder reconocer sus órganos y los secretos de su nacimiento y de su evaporación. De este modo, gracias á algunas chanzas, llegará un día en que podremos penetrar los misterios de esa potencia desconocida que hemos nombrado ya más de una vez en este libro, de la *voluntad*. Pero no nos internemos en el terreno de la filosofía médica. Consideremos los nervios y sus ataques tan sólo en sus relaciones con el matrimonio.

Las *neurosis* (denominación patológica que comprende todas las afecciones del sistema nervioso) son de dos clases por lo que atañe al empleo que de ellas hacen las mujeres casadas, pues nuestra Fisiología siente profundo desprecio por las demás clasificaciones médicas. De modo que nosotros admitimos:

- 1.º NEUROSIS CLÁSICAS.
- 2.º NEUROSIS ROMÁNTICAS.

Las afecciones clásicas tienen algo de belicoso y animado. Son violentas en sus expansiones como las Pitonisas, arrebatadas como las Ménadas, agitadas como las Bacantes: son la antigüedad pura.

Las afecciones románticas son dulces y plañideras como las baladas que se cantan en Escocia durante las nieblas. Son pálidas como las jóvenes conducidas al sepulcro por el baile ó por el amor. Son eminentemente elegiacas, encierran toda la melancolía del norte.

La mujer de cabellos negros, de mirada penetrante, de facciones vigorosas, de labios secos, será ardiente y convulsiva, y representará el genio de las neurosis clásicas; mientras que la joven rubia y de tez blanca representará á las neurosis románticas. A la una pertenecerá el imperio de los nervios, á la otra el de los ataques.

Muchas veces un marido, al volver á casa, encuentra á su mujer llorando.

—¿Qué tienes, ángel mío?

—¿Yo? nada.

—Pero ¿por qué lloras?

—Lloro sin saber por qué. Estoy muy triste. He visto figuras en las nubes y esas figuras no se me aparecen nunca más que la víspera de alguna desgracia... ¡Me parece que voy á morir!

Os habla entonces en voz baja de su difunto padre, de su difunta madre, de su difunto abuelo, de su difunto primo. Invoca todas aquellas sombras lamentables, cree tener todas sus enfermedades, se siente atacada de todos los males y su corazón latir con demasiada violencia ó hincharse su bazo. Al mismo tiempo, os decís con aire pensativo:

—Ya sé yo de dónde proviene todo eso.

Procuráis entonces consolarla, pero he aquí que vuestra mujer bosteza, se queja del pecho, vuelve á llorar y os suplica que la dejéis con su melancolía y sus recuerdos. Os habla de sus últimas disposiciones, de los funerales, del entierro, y cree ya ver el sauce llorón que adornará su tumba, y cuando creíais hallar un alegre epitalamio, os encontráis con un fúnebre epitafio. Vuestro intento de consolarla se disuelve, pues, en la nube de Ixión (1).

Existen mujeres de buena fe que arrancan de este modo á sus sensibles maridos cachemires, diamantes, el pago de

(1) Ixión, rey de los lápitas, á quien Júpiter había concedido un asilo en el Olimpo. Habiendo faltado al respeto á Junón, fué precipitado en el Tártaro por el dios de los dioses y condenado á dar vueltas eternamente atado á una rueda con serpientes.—(N. del T.)

sus deudas ó el abono á un palco de los Buffos. Pero los ataques se emplean casi siempre como armas decisivas en la *Guerra civil*.

Pretextando su consunción dorsal y su afección al pecho, una mujer va á buscar distracciones. La veis vestirse con flojedad y con todos los síntomas del esplín, y no sale más que porque una amiga íntima, su madre ó su hermana vienen para sacarla de aquel diván que la devora y en el que pasa la vida improvisando elegías. La señora va á pasar quince días al campo porque el doctor se lo ordena. En una palabra, que va adónde quiere y hace lo que quiere. ¿Se encontrará nunca un marido bastante brutal para oponerse á tales deseos y para impedir que una mujer vaya á buscar alivios de males tan crueles? No, pues ha quedado establecido, tras largas discusiones, que los nervios causan atroces sufrimientos.

Pero donde los ataques desempeñan, sobre todo, un gran papel, es en la cama. Allí, cuando una mujer no tiene jaqueca ni ataques de nervios, está bajo la protección del cinturón de Venus, que, como sabéis, es un mito.

Entre las mujeres que os presentan la batalla con los ataques de nervios, existen algunas, más rubias, más delicadas, más sensibles que las otras, que tienen el dón de las lágrimas. ¡Saben llorar tan admirablemente! Lloran cuando quieren, como quieren y tanto como quieren. Organizan un sistema ofensivo que consiste en una resignación sublime, y alcanzan victorias tanto más brillantes, cuanto que quedan con buena salud.

Si un marido irritado llega á promulgar leyes, le miran con aire sumiso, bajan la cabeza y callan. Esta pantomima contraría casi siempre á un marido. En estas clases de luchas conyugales, el hombre prefiere oír á la mujer hablar y defenderse, pues entonces uno puede exaltarse y enfadarse; pero esas mujeres, nada... su silencio os inquieta y os produce una especie de remordimiento parecido al que experimenta el asesino que no ha encontrado resistencia en su víctima. Hubiera querido asesinar defendiéndose. Si volvéis, al acercaros, vuestra mujer enjuga sus lágrimas y guarda su pañuelo para que podáis ver claramente que ha llorado. Os enternecen. Suplicáis á vuestra Carolina que hable, y vuestra sensibilidad, vivamente conmovida, os lo hace olvidar todo; entonces ella solloza hablando y habla